

Orhan Pamuk y Estambul (síntesis de la ponencia)

José María Poirier

Introducción

Si entre nosotros, Borges imaginó su ciudad “tan eterna como el agua y el aire” en su ya legendaria “Fundación mítica de Buenos Aires”, ¿qué decir de esa maravillosa capital de sucesivos imperios, a mitad de camino entre Europa y Asia, donde todo parece congregarse: la historia y el presente, mezquitas, sinagogas y antiguas iglesias, palacios y museos, mercados y el omnipresente Bósforo?

A propósito de su libro sobre Estambul y sus recuerdos de infancia y juventud, el escritor turco Orhan Pamuk, nacido allí en 1952, reconoce que de alguna manera cuando habla de la ciudad está hablando de sí, y cuando se refiere a su persona en realidad está hablando de Estambul. Una manera de confundirse con su ciudad, en este caso sinónimo de patria y pertenencia.

Confundir la propia patria-ciudad con destinos divinos es tarea de todo verdadero poeta, desde los antiguos griegos hasta Virgilio, desde Dante Alighieri hasta Walt Whitman. De alguna manera, ya en el libro del profeta Isaias (en su tercera parte), se hace una lectura de la “nueva Jerusalén” que relaciona la ciudad con el cielo. Inquietudes teológicas, anhelos literarios.

I.

A decir verdad, la ciudad que Pamuk evoca en los 37 capítulos del libro no es precisamente la actual, la que le correspondería generacionalmente, vital y llena de promesas. El escritor elige refugiarse en una melancolía muy estambulí y deslizarse nostálgicamente hacia el pasado para ver con cierta tristeza teñida de afecto la decadencia de la urbe que había sido capital del imperio otomano (*“La amargura que despedía aquella cultura muerta, aquel imperio hundido, se encontraba por todos lados. El esfuerzo por occidentalizarse me parecía, más que un deseo de modernización, una inquietud por librarse de todas las cosas cargadas de recuerdos llenos de amargura y tristeza que quedaban del imperio desaparecido: era como tirar a la basura la ropa, los adornos, los objetos personales y las fotografías de una hermosa amante que se ha muerto de repente para librarnos de su destructor recuerdo”*). Se detiene en las viejas casas de madera, en los palacios semidestruidos, en el invierno (otra de sus obras se titula, precisamente, *Nieve*). La ciudad de Pamuk, como él mismo dice, no muestra colores sino sólo grises (*“...un lugar en dos colores, oscuro y plomizo, y así es como la recuerdo. Eso se debe en parte a que, a pesar de haber crecido en la penumbra triste de una casa-museo, era muy aficionado a los espacios interiores. Las calles, las avenidas y los barrios lejanos, me parecían, como en las películas de gánsters en blanco y negro, lugares peligrosos”*). En efecto, el libro está ilustrado con numerosas fotografías de él, de su familia, de su ciudad. Fotografías antiguas y a veces deslucidas, todas en blanco y negro. Volviendo a Borges, también él prefirió muchas veces escribir sobre una ciudad detenida a finales del siglo XIX, fruto del recuerdo de los mayores, de su imaginación antes que de la experiencia. Análogas fugas hacia el pasado. Análogas búsquedas de una justificación clásica y personal.

II.

“Desde niño –escribe Pamuk al comienzo de su obra- me he pasado largos años creyendo en un rincón de la mente que en algún lugar de las calles de Estambul, en una casa parecida a la nuestra, vivía otro Orhan que se me parecía en todo, que era mi gemelo, exactamente igual a mí. No recuerdo dónde ni cómo se me ocurrió

semejante idea por primera vez. Muy probablemente se me grabara como consecuencia de un largo proceso tejido de malentendidos, coincidencias, juegos y miedos". Así también hay dos ciudades: la Estambul real y la que describe el autor. Orhan Pamuk parece reivindicar el laicismo de Atatürk, el dictador padre de la nueva Turquía surgida después de la Primera Guerra Mundial, en su atracción por Occidente y su marcada distancia de toda manifestación religiosa. En ese sentido, la obra de Pamuk es una suerte de mitología atea, o por lo menos desengañada, con pinceladas curiosamente posmodernas.

El último capítulo, delicadamente conmovedor, lleva por título: "Una conversación con mi madre: la paciencia, la prudencia y el arte". La madre es un referente fundamental y constante en el libro: *"Mi madre me contaba que me había llamado como uno de los sultanes otomanos porque el sultán Orhan era el que más le gustaba. El motivo era que el sultán Orhan nunca había perseguido grandes empresas, no había llamado la atención, nunca había tenido excesos en su vida mediocre y en los libros de historia se lo mencionaba como el segundo sultán otomano, con respeto pero sin detenerse demasiado en él. Mi madre pretendía que yo comprendiera el significado y la importancia de aquella elección que siempre me contaba sonriendo"*. La figura paterna está más ausente y desdibujada (*"Por lo general, mi padre estaba tumbado en el sofá del salón: se pasaba la mayor parte del tiempo en casa echado bien, leyendo periódicos, revistas o libros, o mirando el techo con aspecto pensativo y preocupado"*). Pamuk sólo halla consuelo a su tristeza caminando por las noches las calles aledañas a la plaza Taksim, cruzando el Cuerno de Oro, o algunas tardes viajando en barco por el mágico Bósforo, y deteniéndose algunas veces en paradas europeas y otras en asiáticas (*"Pasear por el Bósforo en vapor proporciona el placer de atisbar Estambul casa por casa y barrio por barrio, y de ver a lo lejos una silueta fantasmagórica eternamente cambiante"*).

La Estambul de Pamuk no se detiene en los lugares más famosos y turísticos, no va al Gran Bazar o a los palacios Dolmabahçe o Topkapi, no va a Santa Sofía o a la Mezquita Azul. Prefiere caminar bajo la lluvia por oscuras y anónimas calles, al estilo de nuestros Baldomero Fernández Moreno, Francisco Luis Bernárdez o Leopoldo Marechal. La Estambul de Pamuk es de calles estrechas y casas antiguas, al estilo del barrio del Fener (que acostumbramos pronunciar "fanar" y los turcos "fenar"), donde está el recogido y modesto monasterio, sede del patriarcado ortodoxo griego, donde vivió el famoso Atenágoras I.

III.

Así como es impensable la ciudad de Estambul sin sus mercados y bazares, donde los aromas, las costosas alfombras y las joyas de oro se confunden, también el libro de Orhan Pamuk mezcla impresiones de su niñez, el recuerdo de sus padres, de su hermano, de sus tíos y su abuela, su amor por los grabados de Melling, la pintura, la arquitectura, los escritores turcos, su primer amor por aquella novia-modelo, los distintos barrios de la ciudad, las observaciones sociológicas y culturales, las caminatas melancólicas por los suburbios, la permanente confrontación con Occidente, el humo de los barcos, las citas de autores franceses o ingleses que recorrieron la ciudad, las largas conversaciones con su madre... (*"¿Quería sumergirme en aquella confusión azarosa y poética! De la misma forma que en mi niñez me escapaba al segundo mundo, al mundo de la fantasía, cuando me aburría de estudiar en la casa de la abuela, ahora me perdía por Estambul cuando me aburría de estudiar arquitectura. También podría decirse que quería obtener cuanto antes la amargura, ese destino inevitable, el precio de vivir en Estambul, y descansar por fin"*).

Al fin de cuentas, para el escritor su ciudad es, como para Leopoldo Marechal Buenos Aires, un dolor que acompaña. Pamuk exacerba y asume, como en una suerte de extraño ritual, todo el dolor de su ciudad: *"Estambul soporta la amargura no como una enfermedad transitoria ni como un dolor que se nos ha venido encima"*

de repente y del que nos tenemos que deshacer, sino como algo que se ha escogido libremente”.

IV.

En el capítulo 6, dedicado a su descubrimiento del Bósforo, ese luminoso estrecho de mar que une el de Mármara con el Negro, y que cantara Espronceda en su “Canción del Pirata” (“y ve el capitán pirata,/cantando alegre en la popa,/Asia a un lado, al otro Europa,/y allá a su frente Estambul”), va al descubrimiento del alma del mar y del color de los árboles. *“Estoy hablando –dice– del color de los cipreses, del de los oscuros bosques de las quebradas, del de los abandonados palacetes vacíos y descuidados y del de los barcos despintados y oxidados que transportan quién sabe qué; de la poesía de los barcos y las mansiones del Bósforo, que sólo pueden comprender quienes hayan pasado la vida entre estas orillas...”.*

Al autor le gusta Estambul en invierno *“porque la oscuridad, que desciende como un poema sobre los desiertos suburbios a pesar de las pálidas farolas, cubre la pobreza de esa ciudad de la que tan lejos estamos y nos gustaría ocultar de la mirada de los extranjeros, de los occidentales”.*

Se interesa por las antiguas estampas de la ciudad (*“como Marguerite Yourcenar cuando examinaba los grabados de Roma y Venecia que Piranesi comenzó a hacer treinta años antes que Melling los suyos, yo también me armo de lupa y me agrada contemplar a los estambulíes en movimiento en sus ilustraciones”*) y las descripciones de los viajeros occidentales. Le llama la atención que, a diferencia de él, todos encuentren maravillosa Estambul, pero en el fondo no la entienden. Es la Estambul de los turistas, de los amantes de lo exótico, de los que siempre están de paso. No es su caso.

V.

Cuando Orhan Pamuk descubre que su padre siempre ha tenido una amante, que la madre lo sabe pero no es tema de conversación, vuelve al juego de los dobles, como en el retrato de su infancia, el del otro Orhan. La segunda casa de su padre lo desconcierta hondamente: *“La mera existencia de aquella segunda casa a la que mi padre iba todos los días para vivir un rato despertaba en mí una sensación metafísica que me ponía la piel de gallina: era como si mi padre hubiera logrado lo que yo no había podido conseguir y hubiese encontrado a su equivalente en la ciudad, a su doble, y a veces me daba la impresión de que cada día iba un rato no a encontrarse con su amante secreta, sino con su gemelo, y ese espejismo me hacía sentir que faltaba algo en mi vida y en mi alma”.*

La literatura es para Pamuk refugio, patria y original teología: *“Mi miedo no era temor de Dios, sino, como el de toda la burguesía laica turca, temor a la ira de los que creen demasiado en Dios”.*